

ba y el Brasil y Colombia sobreviene la crisis y así en los demás países. Necesitamos crear industrias nuevas. Vuestro corresponsal acaba de recorrer durante seis meses la Alemania, el Austria y la Europa Central, países donde hay millones de hombres sanos e industrioses

que no sueñan sino en emigrar, muchos de ellos con algún capital. Al imperio naval yanqui hay que oponerle su antídoto: colonizar, crear nuevas riquezas, renovar nuestras reservas

étnicas. En próximos artículos narraré los resultados de mis recientes estudios y mi encuesta personal (especialmente en Alemania) mirando por colonos seleccionados para nuestros

deshabitados y desamparados países. Lo que ha dado riqueza a los del Norte tiene que dar también la riqueza y la grandeza a los del Sur. Nos basta mirar a California: todo lo debe a la colonización, el descubridor del oro fué el suizo Sutter.

Víctor de Valdivia

Paris, Abril de 1930.

Si hacemos un recuento bibliográfico de los estudios dedicados a la independencia de la América Española, encontraremos seguramente que la parte interpretativa es menos voluminosa que la sentimental. Los escritores se han entregado con pasión a discutir sobre sus preferencias nacionales o personales. Es ya célebre la polémica en que fueron discutidos los méritos de Bolívar y San Martín. La historia ganó, pero acentuando su sentido marcial. Aun los indiferentes a la preocupación de establecer jerarquías entre héroes, buscan sólo una emoción bélica en la evocación de la contienda que terminó con la batalla de Ayacucho.

Cerrado el ciclo de las conmemoraciones seculares que han venido celebrándose desde 1908, es de suponer que podrá inaugurarse un período más propicio al análisis. Los centenarios que tenemos en perspectiva no serán ya de epopeya sino de conflictos en los que veremos destacarse los problemas de organización. Hablaremos del humilde pasado que se ocultaba tras la polvareda de los campos de batalla.

Anticipemos esa serenidad recogiéndonos para una meditación. Estamos, es verdad, sometidos a la fascinación de los grandes triunfadores. No logramos desprendernos totalmente de las masas arrasadas por una devoción llena de ternura. La elocuencia de los panegíricos nos domina. Pero hay fulgores de imparcialidad en la emoción.

Abrimos las Cartas de Sucre en las voluminosas Memorias de O'Leary—el Boswell de Bolívar, si no es que ese papel deba asignarse al autor del peregrino Diario de Bucaramanga,—y leemos las palabras de la despedida que el Gran Mariscal de Ayacucho dirigió a su admirado jefe. Es un documento breve y de sencillez familiar. Está escrito con la pluma soldadesca de que habla Montaigne. Si acaso hubo algún borrador y en él huellas del trabajo para la corrección del estilo, esto delataría al artista enemigo de la retórica, pues precisamente por la ausencia de toda afectación, la carta de Sucre alcanza un valor decisivo de nota personal. Lo que no dicen las palabras corre entre líneas, como si manara de una fuente de sentimiento contenido. Se ve al hombre. Oímos las palpitations de su corazón atribulado.

No vacilo en dar íntegramente la cita.

“Mi General:

“Cuando he ido a la casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado. Acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida. Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a usted.

“Mas no son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi

Fulgores de tragedia

=De *El Universal*. México, D. F.=

alma respecto a usted: usted los conoce, pues me conoce desde hace mucho tiempo, y sabe que no es su poder sino su amistad lo que me ha inspirado el tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me linsojeo de que usted me dispensará siempre el afecto que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo.

“Adiós, mi general. Reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes, y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más apasionado amigo”.

Cuando Sucre firmó esta carta, que no lleva fecha, pero que se presume escrita el 8 de mayo de 1830, Bolívar se encaminaba hacia la costa. Allí le aguardaban la tumba o el barco de la proscripción. En Turbaco leyó la despedida de su teniente, y comparó los destinos. Sucre, todo ilusión y esperanza, había salido de

Bogotá, llevando el propósito de abandonar las amarguras de la política y de restituirse a la familia que acababa de formar en Quito.

Pero no fue Sucre quien recibió la tristemente esperada noticia de la desaparición de Bolívar, sino Bolívar quien supo antes de morir cómo se le había adelantado en el camino de la muerte aquel viajero que parecía llevar consigo todas las promesas de la dicha.

Bolívar se había detenido en las inmediaciones de Cartagena. Ocupaba uno de los bohíos del Pie de la Popa. Le anunciaban el arribo de una fragata inglesa que debía llevarle los recursos pedidos a Caracas para la expatriación. En la noche del primero de julio, dos calesas llegaban a la puerta del bohío. El general Montilla, acompañado por un grupo de amigos del proscrito, cumplía el encargo doloroso de informarle que Sucre había sido misteriosamente asesinado en la montaña de Berruecos.

Sabemos por las Memorias de Posada Gutiérrez que Bolívar oyó el relato de Montilla, se dio una palmada en la frente, guardó silencio y despidió a sus visitan-

Dos poemas de Francisco Amighetti

(Envío del autor.)

Tranvía de mi barrio

Este tranvía de mi barrio
a quien quisiera bañar con la ternura de un poema
recorre su kilómetro todo el día
con su andar chirriador de paralítico
tranvía borracho
que toma en las taquillas—
que se detiene ante los entierros
para no matar 2 veces al muerto—
que mezcla su música
con las campanas de la iglesia.

Cuando vuelvo a mi barrio
me subo en él—es un modo de acariciarlo
tranvía que cruzaste por mi frente
cuando pensé las primeras cosas sutiles
mirándote resbalar por mi calle
quebrar mi silencio
con tu musiquita de órgano
tranvía que ibas olfateando gente
como un fiel perro dorado
—tranvía barato—

San José, C. R. 1930.

Campesinos anocheciendo en el corredor de la casa

Campesinos anocheciendo en el corredor de la casa

madre—padre—hijo
mujer—hombre—hijos
miran hacia el camino por donde el camión pasa

con dos largas miradas dicen adiós a todo
y el hombre acaricia su guitarra, que cuida
como un burgués su piano, de modo
que la tarde gime un poco en la viva madera
de la guitarra
junto con el grillo la piapia y la cigarra

detrás—los sembrados geométricos de dulces colores
plano objetivo de la proyección de su trabajo
esperanza proyectada que se tuerce hasta el bajo
donde el río muge como un buey de plata.

Francisco Amighetti

